

Viaje de ida y vuelta a la piel del actor.

La Abadía ofrece un taller de interpretación cuyos alumnos no quieren actuar, solo conocer las claves del oficio para disfrutar más su papel de espectadores escenarios.

Por Rocío García

Diecisiete mujeres y siete hombres están sentados en el suelo de un escenario oscuro. [...] Han formado un círculo grande para poder mirarse entre todos. [...] En el círculo, hay una mujer vestida de negro, activa, resuelta, simpática, que va animando al resto del grupo a realizar las actividades programadas ese día. Es la actriz Lidia Otón, la responsable de este nuevo taller que se ha estrenado en el teatro de la Abadía y que está dirigido a amantes de la escena, a ese público que quiere conocer el trabajo de los actores sobre un escenario.



De las 80 solicitudes recibidas, el teatro ha elegido a 25 personas, de entre los 20 y los 69 años. Hay de todo, economistas, abogados, un magistrado, un veterinario, una funcionaria, algunos estudiantes y también jubilados. Todos los lunes y durante un trimestre, el grupo asiste a una experiencia de lo más atractiva para los amantes del teatro. *Espectadores en acción*, así se llama el taller. Y busca, en palabras de Otón, “acercar al público al trabajo de los actores, dándoles las claves necesarias para que, cuando se sienten en la butaca, tengan un mejor conocimiento de ese trabajo, de esa experiencia de los intérpretes que es crear a través del cuerpo y la palabra”.

Es difícil saber quién está más ilusionado. Para Otón, con gran experiencia en ensayos enfocados al trabajo teatral, es la primera vez que se enfrenta a unos alumnos que no tienen expectativas de resultados tangibles. [...]

Y empiezan los ejercicios sensoriales. Después de un primer contacto con la lectura al azar de poemas y de textos elegidos por los alumnos -“cerrad los ojos y escuchad, buscad lo que os evoque la lectura, un perfume, una imagen, un color, música, un personaje, cualquier cosa, sin tensiones”- empieza el entrenamiento más físico. Todos de pie caminando por el escenario, cada vez más deprisa, sin mirar al suelo, en diferentes direcciones, acelerando, llevando todos al mismo ritmo, sin chocarse, conectándose con el resto.

Algún lunes tienen la suerte, dicen ellos, de que el director de La Abadía, José Luis Gómez, les hable de su experiencia. [...] “El teatro está más cerca de la poesía que de la narrativa porque hay un elemento de espacio físico que conforma una calidad especial”, explica. “Nuestro objetivo es que el espectador conozca el proceso del actor en el que se funde la palabra y el cuerpo, la experiencia de ese espacio físico que implica la actuación”.